

# El Diván del lector

## Formas de leer la mitología

### Eco y Narciso

*Monstruos, Dioses y hombres de la Mitología Griega.*  
MICHAEL GIBSON - Editorial Anaya

La ninfa Eco se había sentado al sol en una colina no lejos de Atenas. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados gozaba las caricias de la brisa sobre sus mejillas y dejaba que el sol acariciase su rostro. Sus rubios cabellos le caían por los hombros y ondeaban al viento dulcemente.

Poco a poco, Eco se inclinó hacia adelante, cogiéndose las rodillas entre las manos y mirando los árboles de un bosquecillo que había a sus pies. Un poco más allá, en la ladera rocosa, había una bandada de abubillas. Con sus picos cortos y corvos estaban buscando hormigas en el terreno seco y arenoso. El marrón claro de sus plumas contrastaba vivamente con el verde de los árboles.

Cuando la ninfa se puso de pie, volaron para volver a posarse en otro sitio. Eco las siguió con la mirada y luego se adentró entre la sombra de los árboles. Le pareció oír voces. Sí, un hombre y una muchacha estaban hablando. Decidió ver quiénes eran sin darse a conocer. Sospechaba un encuentro romántico y no podía resistir la curiosidad de averiguar si la muchacha era una de sus amigas.

Se movió con precaución para ir a colocarse detrás de un matorral que le permitiera ver sin ser vista. En un pequeño claro, sentada en la hierba, había una ninfa que conocía, pero cuando se dio cuenta de que el brazo que la ceñía era el del poderoso Zeus, Eco empezó a retroceder llena de miedo. Temía la reacción de Zeus si la sorprendía espionando, y sólo cuando estuvo a una distancia razonable se sintió aliviada.

Pero otra vez empezó a latirle con fuerza el corazón: una señora alta y hermosa se dirigía hacia ella. Eco la conocía: era la reina de los

cielos, la esposa de Zeus. La expresión de su rostro no era precisamente de alegría.

—Dime, ninfa. ¿Has visto pasar a mi marido y quizá acompañado? Creo que tiene que estar por aquí y necesito encontrarlo.

—¿Cómo podré responder si no sé quién es?— dijo Eco.

Naturalmente, Eco sabía la respuesta, pero temía verse envuelta en una contienda entre Zeus y Hera. Sus peleas eran famosas y la gente hacía lo posible por no entrometerse. Hera la miró fijamente, sospechando que no era tan inocente como parecía.

—Bueno, mi marido es Zeus. No me digas que tú, una ninfa, no lo conoces.

—Ahora que sé quién es, creo que lo conozco— respondió Eco—. He estado dando vueltas por el bosque toda la mañana y no me he encontrado con nadie.

Hera se dejó convencer y se volvió por donde había venido. Al llegar al Olimpo, echó una mirada hacia abajo y vio a su marido y a la ninfa que paseaban por el bosque mano sobre mano. La expresión de su rostro cambió inmediatamente. Estaba claro que la ninfa la había engañado, y eso tenía que pagarlo. La maldijo, condenándola al silencio, de modo que no pudiera pronunciar más que las últimas palabras de las frases de los demás que le llegasen al oído.

En aquel tiempo vivía en aquella misma parte del país un joven llamado Narciso, hijo del río Céfiro y de la ninfa Liriope. Era Narciso tan hermoso, que todas las muchachas que lo veían se enamoraban irremisiblemente de él. Pero su madre lo había echado a perder: le había repetido una y otra vez que era demasiado guapo para andar perdiendo el tiempo con las muchachas del lugar, y Narciso se lo creyó hasta volverse desdeñoso. Creció su



vanidad hasta tal punto, que decidió que ninguna mujer de la tierra era digna de él.

Muy pronto sus amigos, no pudiendo soportar su presunción, lo abandonaron. Narciso se quedó solo, aunque satisfecho con la compañía de sí mismo. Un día la ninfa Eco, ahora triste y solitaria figura reducida al silencio, mientras estaba paseando por el bosque en que se había encontrado con Hera, lo vio y comprendió al instante que Narciso era el amor de su vida.

Se acercó, deseosa de comunicarse con él, pero el joven le indicó con señas que se alejara. Estaba imaginando que era un dios y no quería que nadie turbara su sueño.

—Déjame solo, muchacha—le dijo con desprecio— ¿No ves que me estorbas?

—... me estorbas—repitió la ninfa.

—¿Qué yo te estorbo? ¡Vamos, no digas tonterías!

—... tonterías!—continuó Eco.

—Eres una insolente. Si supieras quién soy, serías más amable. Ya va siendo hora de que las ninfas aprendáis a tener más respeto.

—... más respeto—respondió la ninfa.

—Eso está mejor. Pero vosotras, las muchachas, no vais buscando más que el amor.

—... amor—asintió la muchacha.

—Justo lo que pensaba. Eres como las demás. Ya no me queda más que decirte adiós —concluyó Narciso, alejándose.

—... adiós—contestó Eco.

Narciso atravesó por entre las espesuras de los árboles y se detuvo junto a una fuente que había en el claro. Las aguas de las lagunas cercanas estaban claras, inmóviles, tersas como un espejo. Tenía sed y se inclinó para beber. Pero se quedó como aturdido: su imagen reflejada en el agua le hizo creer que había encontrado a la persona más bella que jamás hubiera podido imaginar.

Se quedó admirado, más encantado cada vez. Luego empezó a hablar, pero aunque los labios de la imagen se movían no le llegaba

ningún sonido. Se inclinó entonces para besarla. Pero el agua, al moverse, despedazó los contornos de la imagen y la hizo desaparecer.

Narciso se quedó perplejo. Luego, cuando la laguna recobró su inmovilidad, el rostro volvió a aparecer con nitidez en toda su belleza. El joven se inclinó de nuevo para darle otro beso; lo intentó por tercera vez, pero inútilmente. La imagen desaparecía y parecía huir de él.

—¡Me has rechazado!—gritó desesperado—  
¡No puedo vivir sin ti!

Y diciendo esto, tomó el puñal y se hundió la afilada hoja en el corazón.

—¡Adiós, amor!—dijo mientras caía.

—... amor!—repitió como un eco una voz lejana entre los árboles.

Narciso murió. Aunque vanidoso y egoísta, había sido un joven muy hermoso y los dioses se entristecieron ante el pensamiento de verlo desaparecer para siempre. Entonces convirtieron todas sus gotas de sangre en una flor.

Desde entonces hay una flor que lleva el nombre del infortunado joven y crece perfectamente a las orillas de las fuentes.

El final de Narciso está relatado de un modo bellissimo en el libro III de *Las Metamorfosis* de OVIDIO:

«La última voz que despidió, mirando al agua como solía, fue: "¡Ay, joven en vano amado!", y las mismas palabras repitió el lugar; dijo "adiós", y "adiós" respondió Eco. Dejó caer su cansada cabeza sobre la verde hierba y la muerte cerró aquellos ojos que admiraban la hermosura de su señor. Y aun en la laguna Estigia se contemplaba atentamente luego que fue recibido en el imperio de Plutón.

Le lloraron las náyades, sus hermanas, y le ofrecieron los cabellos que se habían cortado sobre su sepulcro. Lloraron también las driades, y Eco corresponde a su llanto. Disponían ya la hoguera, la leña hecha rajas y el féretro; pero en ninguna parte encuentran el cadáver y, en su lugar, hallaron una flor roja ceñida de unas hojas blancas.»



## Formas de leer la mitología

La Mitología estudia los cuentos, leyendas y mitos, es decir, narraciones, atribuidas en unos casos a dioses y seres sobrenaturales, y, en otros, a héroes o animales maravillosos. Se puede leer de distintas maneras, por ejemplo, tomando la historia de **Eco** y **Narciso** en sentido literal, o bien suponiendo un sentido simbólico o figurado. Es lo que hicieron los propios griegos, cuando establecieron la teoría del evermerismo, de EVÉMERO, autor que sostiene que en el origen del mito hay hechos reales, luego exagerados o magnificados, igual que se divinizó al propio Alejandro Magno o a los emperadores romanos. Pero tan frecuente como que de la historia se genere una leyenda es lo inverso, que un mito se actualice o se "encarne" en un lugar y una figura concretos. De naturaleza similar a la de **Eco**, hay en el folklore ninfas silvícolas y ogresas asociadas a grutas y montes (v.gr.: ojáncanas, en Cantabria), que en *La Vera* se particulariza en una mujer despechada del s.XVI para identificarla con la **Serrana de la Vera**.

Por eso, la lectura de un mito es una aventura apasionante en la que podemos aplicarle toda clase de lec-

turas: la lectura literal, lo que cuenta la historia en sí; la lectura analítica y contextual, es decir, la interpretación de todas las claves históricas, psicológicas, sociales... si lo tomamos como un documento de las aspiraciones y deseos humanos, de ritos perdidos o de visiones del mundo. Mitos, héroes y leyendas son algo actual, no del pasado, pues el arte, la religión, la vida social y política, el deporte, etc, están llenos de este mismo universo simbólico. Se puede, pues, hacer un itinerario por cada mito o leyenda, sabiendo que presenta facetas oscuras y complejas, como la magia de la palabra en **Eco** o el tema del "doble" en **Narciso**. Sugerimos algunos hitos para profundizar:

- Indagar el autor y la obra. P. OVIDIO NASÓN, *LAS METAMORFOSIS*. Por ejemplo, ampliar la información sobre los personajes citados más importantes: **Zeus, Hera, Cefiro, Liriope, Eco y Narciso** en sus interrelaciones (consultar diccionarios de mitología griega y romana y ver el esquema adjunto).

- Época: Grecia antigua. Consultar los siguientes temas: Olimpo-dioses-mitos, o cómo los dioses griegos participan

de la psicología y los conflictos de los hombres (por ejemplo, *La Iliada*).

- Siguiendo las indicaciones del profesor J. QUINTANAL DÍAZ, se dialoga con el texto en varias direcciones. Por ejemplo, qué sugieren los nombres de los protagonistas, **Eco y Narciso**; qué sentido tiene el diálogo que entablan **Eco y Narciso**; cuál va a ser la reacción que tome **Eco** y la actitud de **Narciso**.

- El final de la historia resulta un poco triste pero nos deja el recuerdo de una flor. En España hay muchos fenómenos naturales (flora, fauna, orografía) que se explican mediante el mito clásico, por ejemplo, los Montes Pirineos, o el situar en la península el Jardín de las Hespérides.

- **Eros y Tánatos**. FREUD recurrió a estas imágenes mitológicas para explicar el amor a la vida y a la vez la atracción por la destrucción que siente el hombre. Con lo relatado al final del texto, ¿cómo puede imaginarse la ceremonia fúnebre de **Narciso**? ¿le vendría bien el lema de Luis CERNUDA, refiriéndose a la omnipresencia de la muerte, "Et in Arcadia ego"?

